

Estudios

Espiritualidad cristiana en la ciudad

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Recibido el 10 de junio de 2019

Aceptado el 8 de agosto de 2019

RESUMEN: El artículo va pasando revista a los obstáculos y las posibilidades que encuentra la espiritualidad cristiana en el interior de una ciudad. Sostiene que seis rasgos característicos de la vida ciudadana -aparentemente tóxicos para la vida espiritual- pueden permitir, por el contrario, el nacimiento de una espiritualidad más depurada.

PALABRAS CLAVE: anonimato, experiencia personal de Dios, *vestigia Dei*, *vestigia hominis*, activismo, bullicio, silencio, pobres.

Christian spirituality in the city

SUMMARY: This article reviews the obstacles and possibilities which Christian spirituality encounters in the city. It argues that six characteristics of urban living -which might seem toxic for the spiritual life- might, on the contrary, facilitate the birth of a more refined spirituality.

KEY WORDS: Anonymity, personal experience of God, vestigia Dei, vestigia hominis, activism, bustle, silence, the poor.

En estas páginas pretendo reflexionar sobre el modo de vivir en el interior de una ciudad la espiritualidad cristiana, es decir, un estilo de vida guiado por el Espíritu de Jesús; lo que San Pablo llama «la vida según el Espíritu» (Rom 8,2-17). Iremos repasando algunos rasgos

característicos de la vida ciudadana, contraponiéndolos a la vida rural, con el fin de señalar los riesgos y oportunidades que suponen para la vida espiritual.

Debo aclarar que cuando hablo de «vida ciudadana» y «vida rural» estoy recurriendo a lo que Max Weber llamaba «tipos ideales». Los tipos ideales son modelos teóricos obtenidos por abstracción a partir de los «tipos reales». En efecto, no existe «la ciudad», sino muchas ciudades diferentes -no es igual una ciudad medieval que otra moderna, una ciudad pequeña que otra grande, una ciudad española que otra de Bangladesh, y así sucesivamente-, sin embargo, el hecho de designar todas ellas con la palabra «ciudad» supone implícitamente la existencia de ciertas notas comunes.

Tampoco la vida rural es en la actualidad como doscientos años atrás, porque los medios de información y la movilidad humana han contribuido a difundir un sistema estándar de valores. El cura de Ars, con unas pocas monedas podía conseguir que el violinista ambulante -único elemento perturbador que llegaba del exterior- no se detuviera en su pueblo entorpeciendo la religiosidad tradicional que intentaba inculcar en sus feligreses. Pero si viviera en nuestros días, ¿qué podría hacer para impedir las influencias exteriores?

Max Weber explicó que los «tipos ideales» se obtienen a partir de los «tipos reales» aislando mentalmente las tendencias características del fenómeno que estudiamos como si no estuvieran contrarrestadas en mayor o en menor proporción por fuerzas opuestas. Por lo tanto, los tipos ideales son una construcción mental; pero no son una invención caprichosa, puesto que se fundamentan en algo que se da en la realidad¹. No es necesario aclarar, supongo, que lo de tipo «ideal» se refiere sólo a su condición de abstracción mental, y no implica en absoluto la noción de ideal ético que debemos perseguir.

Así, pues, yo procuraré reflexionar a partir de algunas notas comunes de la vida ciudadana tal como las desarrollan los manuales de

* Profesor Propio Ordinario (jubilado) de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas. E-mail: lgcavajal@comillas.edu

¹ Cfr. Max WEBER, *Ensayos sobre metodología sociológica* (Buenos Aires: Amorrortu, 1982), 79-101.

sociología, pero los lectores deben ser conscientes de que no escribo desde una burbuja aséptica, sino desde una gran ciudad española del siglo XXI. Mi reflexión sería, sin duda, diferente si viviera en la Atenas de Pericles.

EL AIRE DE LA CIUDAD HACE LIBRES

Hace ciento cincuenta años, Ramón Mesonero Romanos observaba en sus *Escenas matritenses* que el hombre de una gran ciudad vive «aislado o incógnito en una vigésima parte de casa, que aunque formada con débiles tabiques no establece menos incomunicación entre sus habitantes que las inmensas masas de hielo entre las islas del polo. (...) Pregunten ustedes a mi vecino don Protasio quién vive al lado, encima o debajo de su aposento, y se encogerá de hombros, y fruncirá el labio como si le preguntaran dónde está el imperio del Mogol. Lo propio nos sucede a los demás vecinos respecto a él mismo»².

Mesonero Romanos tituló esas páginas «Inconvenientes de Madrid», y efectivamente es frecuente sentirse solos en las grandes ciudades a pesar de estar rodeados de gente, pero el anonimato tiene también ventajas. En la sociedad medieval los siervos no podían abandonar las tierras de su señor. Cuando alguno se escapaba la única esperanza de no ser obligado a regresar al dominio del que había huido era llegar a una ciudad lejana donde nadie le conociera y, por lo tanto, fuera tratado como libre aunque hubiera nacido de padres que no lo eran. Con el tiempo, esa libertad de hecho acababa convirtiéndose en una libertad de derecho debido a un privilegio territorial inherente al solar urbano, para gozar del cual bastaba haber residido un año y un día en el recinto de la villa. Por eso decía un proverbio alemán que «el aire de la ciudad da la libertad» (*Die Stadtluft macht frei*)³.

² Ramón MESONERO ROMANOS, *Escenas matritenses*, (Madrid: Aguilar, 1945), 679.

³ Henri PIRENNE, *Historia económica y social de la Edad Media*, (México: Fondo de Cultura Económica, 16ª ed., 1980), 44.

Aunque la servidumbre se mantuvo en Rusia y en otros países de Europa oriental hasta mediados del siglo XIX, en la mayoría de los países fue abolida a finales de la Edad Media. Sin embargo, no por eso dejó de ser válido el proverbio citado, porque emigrar del campo a la ciudad permitía a los individuos aislarse, evitando así que su vida estuviera permanentemente controlada por la familia o el clan.

Cuando la escritora norteamericana Willa Cather se instaló a los 33 años con su compañera en el Greenwich Village de Nueva York, después de haber vivido atormentada en la Norteamérica provinciana por miedo a ser descubierta su homosexualidad, escribió a una amiga: «Finalmente puedo respirar (*at last I can breathe*)»⁴.

A menudo el anonimato de las grandes ciudades conlleva la pérdida de la fe -o al menos de la práctica religiosa- cuando estaba apoyada únicamente en el control social de los ambientes rurales. Gabriel Le Bras, uno de los pioneros de la sociología religiosa, escribió que una conocida estación ferroviaria de París parece tener una propiedad mágica porque, en el mismo instante en que los emigrantes rurales ponían los pies en ella, pasaban de ser católicos practicantes a no serlo en absoluto: «De 100 campesinos que se establecen en París, hay más o menos 90 que, al salir de la estación de Montparnasse, dejan de ser practicantes. (...) Cuando digo que el 10 por 100 atraviesan la plaza de Rennes con la intención de continuar su práctica, quizá soy generoso: tal vez no haya tantos»⁵.

El P. Mersch recordaba en un libro famoso que «la carencia de esqueleto obligó a que ciertos animales endurecieran su caparazón»⁶,

⁴ Richard SENNETT, «The Public Realm»; en Gary BRIDGE and Sophie WATSON (eds.), *The Blackwell City Reader* (Hoboken New Jersey: Wiley & Sons, second ed., 2010), 270.

⁵ «Je suis pour ma part convaincu que, sur cent ruraux s'établissant à Paris, il y en a à peu près 90 qui, au sortir de la gare Montparnasse cessent d'être des pratiquants»: Gabriel LE BRAS, *Études de sociologie religieuse*, t. 2 (*De la morphologie à la typologie*) (Paris: Presses Universitaires de France, 1956), 480.

⁶ Emile MERSCH, *La théologie du corps mystique*, t. 2, (Paris: Desclée de Brouwer, 1944), 97.

y aplicaba esa constatación biológica a la vida espiritual: los cristianos que no han personalizado su fe, al carecer de esqueleto, necesitan que un caparazón exterior proteja su religiosidad. Pues bien -añadimos nosotros-, desaparecido ese control ambiental en las ciudades, sólo logran sobrevivir los creyentes que hayan personalizado la fe. Recordemos la sentencia muchas veces citada de Rahner: «El cristiano del futuro o será un “místico”, es decir, una persona que ha “experimentado” algo, o no será cristiano»⁷.

Quizás la palabra «místico» nos asuste un poco, pero el propio Rahner aclaró su significado añadiendo que se refería simplemente a «una persona que ha experimentado algo». La experiencia mística, en efecto, puede alcanzar grados muy diferentes de intensidad. Existen, desde luego, las experiencias cumbre de genios como Teresa de Jesús o Juan de la Cruz, pero también existe lo que podríamos llamar una «mística de baja intensidad»; es decir, la de quienes no se contentan con aceptar las noticias sobre Dios que la Iglesia les ha transmitido, sino que entran en contacto personal con Él. Son personas que, a partir de un momento determinado, pueden decir a sus catequistas lo mismo que dijeron los vecinos de Sicar a la mujer samaritana que les llevó noticias de Jesús: «Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4,42).

Es necesario, por tanto, que la educación religiosa «inicie» en la experiencia de Dios porque «en la esfera de los problemas, uno tiene que ser enseñado, pero, en la esfera del misterio, uno tiene que ser iniciado»⁸. Según un conocido cuento jasídico, tras una convivencia prolongada del rabí Levi Jizchak de Berditchev con el rabí Schmelke de Níkolzburg, le preguntó su suegro qué había aprendido a su lado y respondió: «Aprendí que hay un Creador del universo». El suegro, llamando a su criada, le preguntó si ella sabía que hay un Creador del

⁷ Karl RAHNER, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología*, t. 7 (Madrid: Taurus, 1969), 25.

⁸ Richard G. COTE, «Dios canta en la noche: La ambigüedad como invitación a creer», en *Concilium*, 242 (1992), 695. El autor atribuye la frase a Jean Guittou, pero sin demasiada seguridad («creo que fue...»).

universo. «Sí», respondió ella. «Por supuesto -exclamó rabí Levi Jizchak-, todo el mundo lo dice, pero ¿lo saben?»⁹.

Naturalmente, cuando emplea el verbo «saber» se refiere a saber del modo en que nos sabemos hambrientos tras un largo ayuno; ese es el tipo de conocimiento que está en el origen del despertar espiritual. Y no hace falta decir que sólo quienes tengan experiencia personal de Dios podrán iniciar a otros. Necesitamos, con palabras de Pablo VI, personas que «hablen de un Dios a quien ellas mismas conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible (cfr. Heb 11,27)»¹⁰.

HUELLAS DE DIOS EN LA CIUDAD

La naturaleza fue siempre un lugar propicio para el encuentro con Dios. Recordemos el éxtasis sagrado que provocaba en el salmista la belleza de la creación: «El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos» (Sal 19,2); «Señor, dueño nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» (Sal 8,2); «¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto» (Sal 104,1-2); «Dad gracias al Señor (...) sólo él hizo grandes maravillas» (Sal 136,1)...

En la tradición cristiana, podríamos recordar el enternecedor «Cántico de las criaturas» de San Francisco de Asís:

«Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
tan sólo tú eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

»Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
y lleva por los cielos noticia de su autor.

⁹ Martin BUBER, *Schriften zum Chassidismus*, en *Werke*, Bd. 3 (München - Heidelberg: Kösel - Lambert Schneider, 1963), 323.

¹⁰ PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 76 e, en *El magisterio pontificio contemporáneo*, t. 2 (Madrid: BAC, 1992), 116.

»Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
y las estrellas claras, que tu poder creó,
tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,
y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!

»Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado, mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado, mi Señor!

»Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!...»¹¹.

O los preciosos versos de San Juan de la Cruz en el *Cántico espiritual*:

«...¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!,
¡oh prado de verduras
de flores esmaltado!,
...

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura
y, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de hermosura...»¹².

El pintor y poeta inglés William Blake (1757-1827) decía que si alguien le preguntara: «Cuando sale el sol, ¿no ves un disco de fuego?», él respondería: «No, en absoluto; veo una multitud innumerable

¹¹ *San Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época*, (Madrid: BAC, 4ª ed., 1991), 49-50. Por resultarnos más familiar, he preferido reproducir la traducción de la Liturgia de las Horas.

¹² JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canciones 4ª y 5ª, en *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, (Madrid: BAC, 8ª ed., 1974), 718-720.

de ángeles en el cielo cantando: “Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo”»¹³.

Pero desgraciadamente en nuestras ciudades es difícil contemplar la naturaleza; apenas hay unos pocos árboles catarrosos que malviven en medio de la polución. Muchos urbanitas¹⁴ no se enteran de la llegada de la primavera por el verdor de las plantas, sino por tener que cambiar la hora de su reloj el último domingo de marzo.

Decía Metz que en las grandes ciudades secularizadas lo que resplandece de manera inmediata ante nuestros ojos «no son los *vestigia Dei*, sino los *vestigia hominis*»¹⁵. Esa fue, por ejemplo, la experiencia traumática de nuestro gran poeta Miguel Hernández cuando viajó a Madrid desde su Orihuela natal en el otoño de 1934:

«Difíciles barrancos de escaleras,
calladas cataratas de ascensores,
¡qué impresión de vacío!,
ocupaban el puesto de mis flores,
los aires de mis aires y mi río.
Yo vi lo más notable de lo mío
llevado del demonio, y Dios ausente»¹⁶.

Si el urbanita quiere encontrar los *vestigia Dei* necesita entrenar la mirada para verlos en el interior de los *vestigia hominis*. Creer que la naturaleza muestra las obras divinas y la ciudad las obras humanas resulta demasiado tosco teológicamente a la luz de la repetida afirmación bíblica de que «el Señor es nuestra fuerza» (cfr. Ex 15,2; Sal 28,7; 62,8; 81,2; 118,14; Is 12,2; 49,5; Jer 16,19; Hab 3,19...).

¹³ William BLAKE, *A Vision of the Last Judgement*, en *The Complete Poetry & Prose of William Blake*, (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 2008), 565-566.

¹⁴ Entiendo por «urbanita» la persona que vive en la gran ciudad y prefiere la vida en ella a la vida en el campo o una ciudad pequeña.

¹⁵ Johann Baptist METZ, *Teología del mundo*, (Salamanca: Sígueme, 2ª ed., 1971), 47, 80 y 111.

¹⁶ Miguel HERNÁNDEZ, *Obra poética completa*, (Madrid: Zero-Zyx, 4ª ed., 1979), 211-216.

Esa frase no quiere decir que Dios es la fuerza de nuestra debilidad, sino *la fuerza de nuestra fuerza*, como ponen de manifiesto las advertencias que hizo Moisés a los israelitas cuando iban a entrar en la tierra prometida: «Cuando el Señor tu Dios te introduzca en esa tierra fértil, (...) ten mucho cuidado, no sea que te olvides del Señor tu Dios. (...) Que no se te ocurra pensar: “He alcanzado esta prosperidad gracias a mi esfuerzo y mis propios medios”. Recuerda que ha sido el Señor tu Dios quien te ha dado las fuerzas para obtener esa prosperidad» (Dt 8,7-18).

La sabiduría de Jesús ben Sira, o «Eclesiástico», muestra muy bien esa convicción: «Honra al médico en atención a sus servicios, porque también a él lo ha creado el Señor. (...) Él da a los hombres la ciencia para que lo ensalcen por sus maravillas. Con los remedios el médico cura o alivia el dolor, con ellos el boticario hace sus mezclas. Y así las obras del Señor no se acaban nunca, y de él procede la salud sobre la tierra» (Sir 38,1.6-8). Por eso decían los antiguos que, *aunque el hombre suede, es Dios quien trabaja*.

Así, pues, en la espiritualidad de los cristianos que viven en las ciudades debe tener un lugar privilegiado la máxima de San Ignacio de Loyola: «Actuar como si todo dependiera del hombre, confiar como si todo dependiera de Dios»¹⁷. No hay contradicción en decir que todo depende de Dios y todo depende de nosotros, porque Dios y nosotros actuamos en planos distintos. Un ejemplo tomado del ser humano puede ayudar a entenderlo: cuando movemos un brazo podemos decir que es a la vez totalmente el resultado de la voluntad y totalmente una acción de mis músculos, sin que ambos aspectos entren en conflicto ni el uno pueda sustituir al otro porque actúan en planos distintos.

Como decía Duméry, no debemos ver en Dios el complemento de nuestras carencias, sino el resorte de nuestra energía. La religión purificada no se contenta con los consuelos de Dios ni con el Dios de los consuelos. No es suficiente que Dios sea la fuerza de nuestra debili-

¹⁷ Este principio no aparece en los escritos de San Ignacio. Es de tradición oral y procede de una colección de máximas ignacianas publicada por un jesuita húngaro, Gabriel Hevenesi, en 1705 con el título de *Scintillae Ignatianae*. Quizás no sea una frase literal del Santo, pero expresa perfectamente su pensamiento.

dad, es necesario -ante todo, pero sin duda no exclusivamente- que sea la fuerza de nuestra fuerza¹⁸.

Lo malo es que descubrir esas huellas de Dios requiere dos cosas que escasean en las ciudades: tiempo y silencio. A ellas dedicaremos los dos apartados siguientes.

DE LA TRANQUILIDAD AL DESASOSIEGO

El paso del campo a la ciudad es también casi siempre el paso de la tranquilidad al desasosiego. En las ciudades hay relojes por todas partes: en las vías públicas, en las estaciones, en nuestras casas, en el salpicadero de los coches, en los teléfonos móviles...

Las personas que viven pendientes del reloj prefieren leer mal cinco libros antes que leer bien uno solo; prefieren recitar mecánicamente un montón de oraciones antes que quedarse callados y atónitos ante el Señor; prefieren recorrer varias salas de un museo a la carrera antes que detenerse diez minutos ante un solo cuadro; en cuanto han identificado el tema que tienen ante los ojos corren a identificar otro (si se quedaran más tiempo delante del primer cuadro no sabrían qué ver ni qué pensar, porque no están acostumbrados a mirar con hondura y con atención). Tampoco saben hablar con una persona; oyen a los demás porque no están sordos, e incluso les dan consejos, pero sin haberles escuchado de verdad. Tienen siempre prisa.

Decía Nietzsche que «ahora ya siente uno vergüenza de entregarse al descanso, y la reflexión dilatada provoca remordimientos. Pensamos con el reloj en la mano, lo mismo que tomamos el desayuno con los ojos fijos en la cotización de la bolsa. Vivimos como quien teme continuamente dejar de hacer algo. “Más vale hacer cualquier cosa que no hacer nada”, tal es el principio que, como una cuerda, sirve para estrangular toda cultura y todo gusto superior. No disponemos ya del tiempo ni de la fuerza necesarios para las ceremonias, para la cortesía, para todo espíritu de conversación, y, de una manera gene-

¹⁸ Henri DUMÉRY, *Le problème de Dieu en philosophie de la religion. Examen critique de la catégorie d’Absolu et du schème de transcendance*, (Paris: Desclée de Brouwer, 1957), 130.

ral, para el ocio... El trabajo se adjudica cada vez más la buena conciencia; la busca de solaz se denomina ya necesidad de reposo y comienza a avergonzarse de sí misma... Es más, pronto llegaremos al extremo de no ceder a nuestra inclinación por la vida contemplativa sin despreciarnos por ello y sin tener mala conciencia»¹⁹.

Quizás esa trepidante actividad exterior denote un miedo -muchas veces inconsciente- a encontrar la nada en nuestro interior. Es lo que acabó descubriendo Arthur Koestler: en su juventud, se fue primero a Palestina inspirado por el sionismo; después a Rusia, atraído por el comunismo...; y ya en su madurez comenta: «Me llevó muchos años descubrir que el infatigable viajero sólo tenía una meta: huir de sí mismo»²⁰.

Uno de los símbolos de la cultura ciudadana podría ser Fausto, aquel mítico personaje de Goethe a quien la soledad y el recogimiento meditativo en su estancia gótica se le vuelven insoportables. Un día, leyendo el Cuarto Evangelio, tropezó con esta frase: «En el principio era el Verbo» y sintió la necesidad de traducirla de otro modo. ¿Quizás «en el principio era la mente»? ¿o «en el principio era la fuerza»?... todo le dejaba insatisfecho, hasta que exclamó: «De repente veo claro y osadamente escribo: “En el principio era la acción”»²¹.

La mayoría de los habitantes de las ciudades modernas se han lanzado a actuar con fáustico frenesí, renunciando al silencio y al recogimiento de donde brota toda acción que pretenda ser a la vez fecunda y humanizadora. Tienen tanta prisa que han empezado a caminar sin pensar previamente a dónde quieren ir. Atajo funesto: el postulado: *en el principio era la acción* termina desencadenando siempre la *tragedia*, tanto en Fausto como en la vida real.

Con razón decía Pascal: «He descubierto que todas las desgracias de los hombres proceden de una sola cosa que consiste en que no sa-

¹⁹ Friedrich NIETZSCHE, *La Gaya Ciencia*, § 329, en *Obras completas*, t. 3 (Buenos Aires: Prestigio, 1970), 211. He modificado algo la traducción.

²⁰ Arthur KOESTLER, *Autobiografía*, t. 3 («Euforia y utopía»), (Madrid: Alianza, 1974), 62.

²¹ Johann Wolfgang GOETHE, *Fausto*, en *Obras completas*, t. 3 (Madrid: Aguilar, 4ª ed., 1973), 1.314.

bemos quedarnos tranquilos en un cuarto»²². Algunos podrían objetar que la opinión de Pascal está condicionada por su cristianismo. Para ellos citemos a Ganivet, que renunció a su catolicismo e incluso predijo la pronta desaparición del cristianismo: «La causa de los males de la Humanidad es la precipitación, el deseo de ir de prisa»²³. Y añadió: «Un hombre en quien la actividad excesiva ha destruido el hábito de la contemplación, es un salvaje»²⁴.

«El activismo, decía muy acertadamente Mons. Uriarte, no es simplemente *exceso* de actividad; es actividad *sin alma*»²⁵. De hecho, hay algunas personas (pocas) que hacen muchas cosas, pero no las vemos desalmadas porque saben vivir intensamente el momento presente. Es muy conocida esa anécdota que unos consideran cuento zen y otros relato rabínico:

«Preguntaron una vez a un maestro en el arte de la oración cómo era posible que él, a pesar de sus muchas ocupaciones, pudiera vivir tan recogido y concentrado. Respondió: “Cuando tengo que estar de pie, estoy de pie; cuando tengo que caminar, camino; cuando tengo que sentarme, me siento; cuando tengo que hablar, hablo”.

Los oyentes le interrumpieron diciendo: “Eso también lo hacemos nosotros, pero ¿qué es lo que haces tú además de eso?”.

Y respondió otra vez: “Cuando tengo que estar de pie, estoy de pie; cuando tengo que caminar, camino; cuando tengo que sentarme, me siento; cuando tengo que hablar, hablo”.

Respondieron los oyentes: “eso también lo hacemos nosotros”.

Pero él les dijo: “No, cuando vosotros os sentáis, ya estáis de pie; cuando estáis de pie, ya estáis caminando; cuando estáis caminando, ya estáis con el pensamiento en la meta...”»²⁶.

²² Blaise PASCAL, *Pensamientos*, §139 (Bruns.) - § 136 (Laf.), en *Obras*, (Madrid: Alfaguara, 1981), 387.

²³ Ángel GANIVET, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, en *Obras completas*, t. 2 (Madrid: Aguilar, 1943), 10.

²⁴ *Ibidem*, p. 218.

²⁵ Juan María URIARTE, *Esperanza, misericordia, fidelidad* (Madrid: PPC, 1996), 46. Anteriormente lo había dicho en una carta pastoral: *Esperar en tiempos de inclemencia. Cuaresma 1994* (Zamora: 1994), 46.

²⁶ Hubert LUTHE y Máire HICKEY, *Dios nos quiere alegres*, (Madrid: Narcea, 2004), 38-39.

Estar concentrado significa vivir plenamente el presente, el aquí y ahora, de forma que mientras estoy realizando una tarea no esté pensando en la siguiente. Pero... ¡es tan difícil conseguir eso cuando uno vive siempre con el reloj en la mano! Frecuentemente esas personas necesitan quedar «bloqueadas en un atasco» para detenerse. Conozco un señor a quien le detectaron cáncer de tiroides. Cuando el oncólogo le citó para el día siguiente con el fin de hacerle más pruebas, respondió que tenía dos reuniones muy importantes. El oncólogo le dijo: «Creo que no me ha entendido usted: se le ha parado el reloj. Haremos lo posible para que pueda volver a ponerlo en marcha, pero de momento tendrá que tenerlo parado durante mucho tiempo». Y el cáncer le curó del activismo, pero ¡a qué precio!

El narrador de las *Historias del buen Dios* dijo a un paralítico llamado Ewald: «A usted le puede salir al encuentro algo que les queda vedado a los hombres que pueden usar sus piernas, porque pasan delante de tantas cosas y corren delante de tantos. Dios le ha destinado, Ewald, a ser un punto de calma en medio de toda la prisa. ¿No siente usted cómo todo se mueve alrededor de usted? Los demás persiguen los días, y (...) están tan sin aliento que no se puede hablar con ellos. Pero usted, amigo mío, está sentado sencillamente ante su ventana, esperando; y al que espera siempre le ocurre algo»²⁷.

Efectivamente, incluso cuando lo que tenemos delante no es una cumbre nevada, sino la calle de una ciudad. En la ciudad nunca faltarán cosas asombrosas, pero los ciudadanos apresurados han reprimido la capacidad de asombro. Sin embargo, bastaría dejar de estar distraídos para estar maravillados.

¿Hará falta añadir que también muchos agentes de pastoral han enfermado de activismo? No es nada nuevo: Santa Teresa de Jesús lamentaba ante el P. Jerónimo Gracián, en una carta fechada el 9 de enero de 1577, que «hay muchas cabezas perdidas en la Compañía [de Jesús] por darse a mucho trabajo»²⁸. Si eso fuera cierto -yo me limito a citar a la santa de Ávila-, podría deberse a que el exceso de

²⁷ Rainer Maria RILKE, *Historias del buen Dios*, en *Obras. Edición bilingüe*, (Barcelona: Plaza & Janés, 1967), 1.110.

²⁸ TERESA DE JESÚS, *Carta 172*, 2, en *Obras completas* (Madrid: BAC, 4ª ed., 1974), 843.

trabajo les impidió leer una carta de San Ignacio de Loyola a Jerónimo Vignes el 17 de noviembre de 1555, en la que le aconsejaba: «Debería Vuestra Señoría decidirse, haciendo lo que puede suavemente. Del resto no se tenga inquietud, dejando a la divina providencia aquello que la suya no puede disponer. Y si bien es a Dios grato nuestro esmero y moderada solicitud en proveer a las cosas que por cargo debemos atender, no le es grata la ansiedad y aflicción de ánimo; porque quiere que nuestra limitación y flaqueza se apoyen en la fortaleza y omnipotencia suya, esperando en su bondad suplirá donde nuestra imperfección falta. A quien se trata en muchos negocios, bien que con intención santa y buena, le es necesario resolverse a hacer la parte que podrá, no afligiéndose si no puede cumplirlos todos como desea, y haciendo, según el dictamen de la conciencia, aquello que el hombre puede y debe hacer. Si otras cosas se dejan, precisa haber paciencia y no pensar que pretende Dios Nuestro Señor lo que no puede hacer el hombre, ni por ello quiere que se aflija; y satisfaciendo a Dios, que importa más que la satisfacción de los hombres, no es necesario mucho fatigarse; mas, haciendo competente esfuerzo para satisfacer, se deja el resto a quien puede toda cosa que quiere»²⁹.

Pero -como no estoy escribiendo para *Manresa*, sino para la *Revista de Espiritualidad*- seguramente será más oportuno citar a San Juan de la Cruz: «Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, dejado aparte el buen ejemplo que de sí darían, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en oración. (...) De otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño»³⁰.

Probablemente el padre de Valentino Salvoldi (un presbítero y moralista italiano) no había leído ni a San Ignacio de Loyola ni a San Juan de la Cruz, pero cuando se levantaba a altas horas de la noche y veía que su hijo seguía trabajando en el despacho decía con palabras

²⁹ *Obras de San Ignacio de Loyola*, (Madrid: BAC, 5ª ed., 1991), 1.073.

³⁰ JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canc. 28, en *Vida y obra de San Juan de la Cruz*, (Madrid: BAC, 8ª ed., 1974), 781.

más sencillas: «¿Todavía no has acabado? ¿Qué esperas para irte a la cama? Deja que el Padre Eterno haga algo»³¹.

Ocurre con frecuencia que el cielo castiga a los hiperactivos compulsivos por el mal uso que hicieron de sus facultades haciendo que se arrepientan demasiado tarde de los éxitos conseguidos.

LAS CIUDADES SON DEMASIADO BULLICIOSAS

Otro hándicap de las grandes urbes para la espiritualidad cristiana es el ruido. Cultivar la experiencia de Dios requiere recogimiento y las ciudades han sido siempre muy bulliciosas. Azorín se quejaba - ¡hace ya más de cien años!- de los ruidos que tenía que soportar a diario. En su libro *Castilla* (1912) escribió: «Muchas veces hemos pensado que el grado de sensibilidad de un pueblo -consequently, de civilización- se puede calcular, entre otras cosas, por la mayor o menor intolerabilidad al ruido. ¿Cómo tienen sus nervios de duros y remisos estos buenos españoles que en sus casas de las ciudades y en los hoteles toleran las más estrepitosas barahúndas, los más agrios y molestos ruidos: gritos de vendedores, estrépito de carros cargados de hierro, charloteo de porteros, pianos, campanas, martillos, fonógrafos?»³²

¿Qué habría pensado el escritor alicantino si hubiera vivido hoy? Hay obras en las cuales los operarios necesitan gritar con todas sus fuerzas para hacerse oír por encima del estruendo de la maquinaria; de hecho, muchos trabajadores han perdido la audición por estar sometidos a semejantes niveles de ruido. El ruido invade además las vías públicas, los domicilios y los espectáculos. En la calle nos aguarda el tumulto del tráfico rodado, los pitidos de los conductores impacientes, la sirena de las ambulancias, bomberos y coches policiales, etc. En las casas están el televisor, la radio, los equipos de música

³¹ Valentín SALVOLDI et al., *Los mandamientos, ayer y hoy*, (Madrid: Paulinas, 2001), 29.

³² AZORÍN (José Martínez Ruiz), *Castilla*, en *Obras completas*, (Madrid: Aguilar, 1947), 680-681.

y otros electrodomésticos; cuando no las discusiones a grito pelado. Es frecuente la imagen de adolescentes y jóvenes que, vayan donde vayan, llevan permanentemente los auriculares del walkman en el interior de las orejas, muy cerca del tímpano.

En muchas discotecas y salas de fiesta han llegado a medirse 110 decibelios, que es el ruido producido por una motocicleta a escape libre a un metro de distancia. Recuerdo que hace unos años se anunció un espectáculo nocturno madrileño con el único argumento de «20.000 vatios de sonido». Y es que alrededor del ruido se mueve dinero; hay una oferta de ruido, porque hay una fuerte demanda de ruido. Por eso es frecuente que los propietarios de pubs y discotecas presionen para anular, o al menos modificar, las ordenanzas municipales sobre ruidos.

La experiencia dice que en medio de una cultura tan bulliciosa resulta casi imposible oír la voz de Dios. Uno de los *Dichos de luz y amor* más citados de San Juan de la Cruz es aquel de «una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»³³.

Desgraciadamente, en nuestra cultura estamos tan poco acostumbrados al silencio que ni sabemos cultivarlo en nuestro interior ni lo respetamos en los demás. Es muy expresivo el siguiente cuento de Tony de Mello:

«Un sacerdote estaba observando a una mujer que se encontraba sentada, con la cabeza hundida entre sus manos, en un banco de la iglesia vacía.

»Pasó una hora... Pasaron dos horas... y allí seguía.

»Pensando que se trataría de un alma afligida y deseosa de que la ayudaran, el sacerdote se acercó a la mujer y le dijo: “¿Puedo ayudarla en algo?”.

»“No, Padre, muchas gracias”, respondió ella. “He estado recibiendo toda la ayuda que necesitaba...”.

»“¡...hasta que usted me ha interrumpido!”»³⁴.

³³ JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de luz y amor*, 99, en *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, 423.

³⁴ Anthony de MELLO, *La oración de la rana. I*, en *Obra completa*, t. 1 (Santander: Sal Terrae, 2003), 580.

La mayoría de los individuos modernos no sólo no sienten necesidad de silencio, sino que positivamente le tienen miedo. Contaba el encargado de una hospedería monástica que fue una señora al monasterio con la intención de pasar varios días allí, pero a la mañana siguiente anunció que se volvía. El monje le preguntó si le había parecido mal la cena, o la cama y ella respondió que todo eso estaba muy bien, ... pero «¡ha sido horrible!, por la noche no se oía ningún ruido». Sin duda, ella estaría acostumbrada a vivir en medio del ruido, sometida a un acelerado ritmo de vida y volcada hacia el exterior.

Tillich habla de la *profundidad* como de la «dimensión perdida», que es menester reencontrar³⁵. También Unamuno escribía en 1900: «Me dices en tu carta que, si hasta ahora ha sido tu divisa “¡adelante!”, de hoy en más será, “¡arriba!” Deja eso de adelante y atrás, arriba y abajo, a progresistas y retrógrados, ascendentes y descendentes, que se mueven en el espacio exterior tan solo, y busca el otro, tu ámbito interior, el ideal, el de tu alma. (...) En vez de decir, pues, “¡adelante!”, o “¡arriba!”, di: “¡adentro!” Reconcéntrate para irradiar; deja llenarte para que reboses luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso»³⁶.

Mounier expresó muy bien la necesidad de un equilibrio entre la acción y la interiorización: «Recogiéndose para encontrarse, luego exponiéndose para enriquecerse y volverse a encontrar, recogiéndose de nuevo en la desposesión, la vida personal, sístole, diástole, es la búsqueda proseguida hasta la muerte, de una unidad presentida, deseada y jamás realizada. (...) La vida personal se ve siempre disputada por un movimiento de exteriorización y un movimiento de interiorización, ambos esenciales, y que pueden ya enquistarla, ya disiparla»³⁷.

³⁵ Paul TILlich, *La dimensión perdida*, (Bilbao: Desclée de Brouwer, 1970).

³⁶ Miguel de UNAMUNO, *¡Adentro!*, en *Obras completas*, t. 1 (Madrid: Escélicer, 1966), 952-953.

³⁷ Emmanuel MOUNIER, *El personalismo*, en *Obras*, t. 3 (Salamanca: Sígueme, 1990), 490-491.

Actualmente existen muy variadas ofertas para cultivar la interioridad, pero muchas de ellas -pensemos en los métodos orientales de relajación y concentración- se orientan a la autosatisfacción, a un «sentirse bien en su propia piel», alejando al sujeto de las responsabilidades sociales y exacerbando el individualismo. No debemos olvidar que lo específico de la fe cristiana es un Dios que habla a través de los acontecimientos. La nuestra debe ser, con palabras de Metz, una «espiritualidad de ojos abiertos»³⁸. Y a eso dedicaremos el siguiente capítulo; que será ya el último, para no acabar con la paciencia de los lectores.

LOS QUE SUFREN EN LAS GRANDES CIUDADES

El primer sociólogo urbano, un jesuita italiano llamado Giovanni Botero (1546-1617)³⁹, sostuvo que el fin esencial de la ciudad es el bienestar de sus habitantes. En su libro *De las causas de la grandeza y de la magnificencia de las ciudades*, escribe: «Se llama ciudad a una agrupación de hombres reunidos para vivir felices»⁴⁰.

Seguramente hoy no se habría atrevido a escribir esa frase, porque en nuestras sonrientes ciudades -desde los «sin techo» hasta los que viven solos en sus casas- hay mucho sufrimiento. Decía Rilke que «las grandes ciudades no son ciertas; están engañando / al día y a la noche, al animal y al niño; / su silencio miente y sus ruidos son engañosos»⁴¹. Y es que, como ya enseñó Platón, toda ciudad encierra en realidad «dos en una, y enemigas ambas: la ciudad de los pobres y la

³⁸ Johann Baptist METZ, *Religión sí - Dios no*, en Johann Baptist METZ y Tiemo Rainer PETERS, *Pasión de Dios. La existencia de órdenes religiosos hoy*, (Barcelona: Herder, 1992), 32-33.

³⁹ Fue excluido de la Compañía de Jesús en 1580.

⁴⁰ Giovanni BOTERO, *Delle cause della grandezza e magnificienza delle città*, lib. I, cap. 1, en Giovanni BOTERO, *Della ragion di Stato, con tre libri "Delle cause della grandezza delle città"*. *Due Aggiunte e un discorso sulla popolazione di Roma*, (Torino: Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1948), 345.

⁴¹ Rainer Maria RILKE, *El libro de las horas. Libro tercero: El libro de la pobreza y de la muerte*, en *Obras. Edición bilingüe*, 462-463.

ciudad de los ricos»⁴². (Hoy los sociólogos hablan de «sociedad dual», «dualización social», etc.).

Es un hecho que la pobreza extrema es casi inexistente en las zonas rurales -generalmente habitadas por personas más ancianas-, como consecuencia de la protección social que disfruta la población de más edad. Por eso, y porque pueden sobrevivir de los detritus de la ciudad, los más excluidos residen principalmente en los núcleos urbanos mayores.

Si espiritualidad cristiana quiere decir un estilo de vida guiado por el Espíritu de Cristo, el seguidor de Jesús no puede permanecer ajeno a esa realidad. Recordemos que, cuando Jesús pidió la palabra en la sinagoga de Nazaret, leyó un fragmento del Tercer Isaías que dice:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
 porque me ha ungido
 para anunciar a los pobres la Buena Noticia;
 me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
 y a dar vista a los ciegos,
 a liberar a los oprimidos
 y a proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Al terminar la lectura, añadió sencilla y solemnemente: «Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar» (Lc 4,21). Tan importante le pareció a Lucas ese acontecimiento que lo convirtió en una *escena programática* capaz de resumir la conciencia que Jesús tenía de su misión, y para ello lo adelantó al comienzo de la vida pública.

La espiritualidad del cristiano que vive en las grandes ciudades no puede ser en absoluto intimista: «Amemos a Dios -decía San Vicente de Paúl-, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente. Hay muchos que se muestran satisfechos de su imaginación calenturienta, contentos de los dulces coloquios que tienen con Dios en la oración (...). No, no nos engañemos: *Totum opus nostrum in operatione consistit*»⁴³, que podríamos traducir libremente así: «Aquí de lo que se trata es de trabajar».

⁴² PLATÓN, *La República*, lib. IV, cap. 1, nº 422 e, en *Obras*, (Madrid: Aguilar, 2ª ed., 1972), 723.

⁴³ VICENTE DE PAÚL, *Conferencia 171*, en *Obras completas*, t. 11 (Salamanca: Sígueme, 1974), 733.

EPÍLOGO

Después de reflexionar sobre seis rasgos de la vida ciudadana que a primera vista resultan tóxicos para la vida espiritual, hemos comprobado que, afrontándolos adecuadamente, permiten acceder a una espiritualidad más depurada.

El prólogo del *Diccionario de la Mística* nos ha recordado que nuestros predecesores «se han abierto a la acción del Espíritu en todos los tiempos (de Abraham a Edith Stein), en todo lugar (desde el desierto, con san Antonio Abad, hasta la contemplación por las calles de Madeleine Delbrêl), en todas las edades (de la infancia, con Antonietta Meo, a la edad madura de san Alfonso María de Liguori), en todo tiempo y estado de vida (desde los eremitas como Teófanos el Recluso hasta la vida matrimonial de los Maritain o el trabajo en la fábrica de E. van Broeckoeven, sj). Todos ellos han demostrado que la vida mística es la vocación fundamental del hombre»⁴⁴.

Por eso a quienes, sintiendo nostalgia de la religiosidad existente tiempo atrás en los pueblos, van por ahí entonando -como Fray Antonio de Guevara- su particular «menosprecio de corte y alabanza de aldea»⁴⁵, yo les aconsejaría fijarse en otro escritor de nuestro siglo de oro que, cuando le aconsejaban cambiar la agitación de la corte por la quietud de la aldea, respondía que no pensaba hacerlo porque «de la corte hace aldea, / el que quiere vivir quieto»⁴⁶.

⁴⁴ Raffaele FARINA, *Prólogo*, en VARIOS AUTORES, *Diccionario de la Mística*, (Madrid: San Pablo, 2002), 6.

⁴⁵ Antonio de GUEVARA, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, (Madrid: Espasa-Calpe, 1975).

⁴⁶ Miguel MORENO, *Flores de España cultivadas en Roma*, epigrama 91, (Roma: Luys Griñani, 1635), 91.